

Un sonámbulo

XXXIII

Paucho Hernández y Hernández, era uno de esos tipos veracruzanos, solamente iguales en lealtad a los tipos fronterizos: alto, robusto, triqueteo y simpático de ojos grandes cuya pupila denotaban en sus ascendentes sangre africana, de nariz abierta y palpitante, ese mulato, (porque el Sr. Hernández y Hernández lo era) nacido en Francia, habiéndose sido un rival de Alejandro Dumas en opulencia imaginativa. No llegué a conocer durante el curso de mi vida pública, una naturaleza más expansiva que la de ese veracruzano: en él no había duplicidad como en Manuel Peniche, ni dolo social como en el Sr. Romeo Rubio, ni cábala como en el monstruoso Sr. Gochoa,

ni cobardía política como en Villada, no, en Paucho Hernández todo era lealtad y nobleza, ingenuidad y valentía personal y civil. Sin ser precisamente un ignorante en el sentido neto del vocablo, carecía de instrucción científica, en legislación era deficiente y en cuestiones de gobierno lírico en todo lo que se relaciona con el lado práctico de la vida. Como tribuno, no obstante la superficialidad de sus conocimientos, era simplemente admirable. Su elocuencia, sin ser lógica, era arrebatadora: hería el sentimiento, hacía palpitarse el corazón, enardecía la atmósfera que antes de tomar la palabra era atmósfera de hielo. Muchas veces subía a la tribuna conociendo apenas el asunto en discusión; pero el instinto admirable de su talento le guiaba por entre aquel laberinto de ideas hasta sacar bri-

flautisimas conclusiones. Se operaba en él algo como una revelación maravillosa. Se le escuchaba con asombro y deleite en el Congreso, al extremo de pasar, sin ser notadas, las muchas incorrecciones de la forma y las numerosas inexactitudes históricas en que con frecuencia incuriera. En la vida activa y política, distinguióse por su fidelidad irquebrantable al partido liberal; pero, lo respito, fué un hombre de gran corazón para poder llegar á ser un gran político. En la vida privada..... tenía sus defectos, pero eran más las virtudes que los defectos. Una de las cualidades ó imperfecciones orgánicas del Sr. Hernández y Hernández, era su gran desprendimiento por el dinero. Siendo Gobernador de Veracruz, seguíanle en masa los mendigos, porque sabían que siempre que el Gobernador

llevar una moneda en el bolsillo, esa moneda sería para ellos. Y llegaba á tal extremo su desprendimiento, que á veces caucía su familia de lo necesario, por haber predigado sus quinceas. Ese hombre, que no sabía odiar, que era todo corazón y lealtad, tenía enemigos.....

El Sr. Hernández y Hernández, además de la enfermedad orgánica del corazón que lo llevó á la tumba, estaba sujeto á ese curioso fenómeno morboso que se llama somambulismo. Cuando regresaba yo de inaugurar el ferrocarril de Veracruz, venía él conmigo, y en mi propio wagon. Habíamos quedado solos. Yo comencé á dormitar, arullado por el ruido monótono del tren y por la fatiga del día anterior. Las luces oscilaban con

los sacudimientos del tren: serían como las tres de la mañana, cuando fui despertado por un brusco movimiento. Abí los ojos. Paicho Hernández y Hernández estaba frente a mí, de pie, con los ojos muy abiertos y gesticulando de un modo extraño.

Don Sebastián - me decía con voz nerviosa - en estos momentos veo á sus más íntimos amigos poniendo obstáculos en las cumbres de Maltrata para que el tren desearite.....

(Me estremecí involuntariamente.)

El continuó:

Si, á la cabeza de ellos está Manuel Saavedra, ese hombre seco, alto, fúnebre, de espíritu marchito, de corazón más negro que un rapoteo prieto..... (Mírelo, mírelo Ud! las lunas le han crecido de un modo enorme y con ellas escarta los terraplenes para desviar los rieles....)

- Cállese Ud. Señor Hernández. ¿Quiere Ud. un traguito de cognac para que se repaúga?

Y le presenté una pequeña cantimplora; pero él siguió con voz mecánica:

- ¿Y allá? Si, aquellos Romero Rubio; está formando una hoguera con los durmientes del camino, y en esa hoguera que ya va á encender con una antorcha, veo agitarse una forma blanca de mujer..... y tiene una espada en la mano.....

- Ah! ah! ¿y no hay un ángel compasivo que le detenga el brazo como á Abraham?.....

Y el sonámbulo prosiguió:

- ¿Y aquel vejete respigado con su barbilla de Estéfanes y su levita bien cortada? (Quídese) Ud. de él, D. Sebastián: bajo una apariencia correcta, ese vejetero

oculta una alma desordenada y un cuerpo afrodisiaco. Como en sus juventudes no ha tenido goces, en la edad procreta está sediento de placeres. Se llama Justino Fernández veato u. como inclinado sobre un libro de ciencias, no lee, sino que mira la desnudez de una Thetaira por el goce, ese hombre sería capaz de la traición

Al pronunciar estas palabras, el tren se detenía en Spizaco. Y el Sr. Hernández y Hernández se despertaba

Y esa especie de evocación somnambulista me impresionó desagradablemente, no porque creyera una sola palabra de esa halucinación delirante, sino más bien por la predisposición natural, innata en el hombre, de caer en lo supersticioso.

Reflexioné profundamente durante

algunos días sobre el suceso inesperado, y mientras más pensaba, más me embrollaba yo mismo. Efectivamente: cuando se produce en el organismo un fenómeno de esa naturaleza, es porque existe en el cerebro el prototipo de una idea, singularmente obsesiva. Ahora bien, como el Sr. Hernández y Hernández no odiaba a nadie, - insisto en decirlo - ¿de donde tomó forma esa acusación hipnótica, por decirlo así, y que después vino a confirmarse hasta cierto punto?
